

Alone

## DIARIO DE UN CAMINANTE

(*Fragments...*)

.....  
Todas las noches, a la hora en que los demás se van a los teatros y a los biógrafos, yo efectúo un paseo solitario. Es una excursión muy breve y que hago lentamente, para prolongarla. Camino algunas cuerdas calle abajo y me detengo unos minutos delante de una casa. Sólo breves minutos. De otra manera la emoción sería demasiado honda y podría llamar la atención a los transeúntes. Me detengo y paso, me voy, llevándome en las pupilas la imagen de la casa.

Es pequeña y baja; está en una esquina; tiene una angosta puerta flanqueada por dos únicas ventanas.

¡Cuánto la conozco, aquella casa! Hace dos años, positivamente, murió. Sí, seguramente murió, la pobre casa, cambió de tal manera. Nuevos propietarios, sin comprender el encanto de su modestia ni respetar recuerdos sagrados, abrumáronla, con un horrible antetecho y ya no se vieron más los tejados negruzcos que inclinaban todas sus canales ondulantes hacia la calzada, como si dejaran caer en ella corrientes de tristeza y de vejez. Al comenzar la Primavera, unos pintores con escaleras pintaron de verde-amarillo la fachada y entonces quedó inconocible. Pero el grande atentado, el que me tuvo muchos días y muchas noches

sin tranquilidad, fué cuando empezaron a edificarle nuevas piezas en el interior. Y vi a obreros romper las murallas, levantar andamios y trabajar afanadamente. Estrecharían, sin duda, el jardinillo interior, arrancarían las débiles plantas, pisotearían las flores y rellenarían de ladrillos y despojos la pequeña fuente. ¿Y el viejo corredor con sus soleras de piedra y sus delgados pilares y su cortinaje de enredaderas? Aquello me tuvo completamente desolado. No sabía qué hacer.

Pues bien, anoche, al cruzar, como de costumbre, junto a sus ventanas, divisé un papel pegado en los vidrios. Me acerqué a mirarlo. Decía, en letras gordas y altas:

Se arrienda un departamento  
completamente independiente,  
con o sin pensión.

¿Por qué entré? ¿Cómo me atrevía entrar? Sin duda algún genio maléfico me impulsó, ese espíritu perverso que nos hace mirar a la cara a las personas que no queremos saludar y detenernos junto a los niños que aplastan los tranvías. Con una emoción temblorosa, me llegué a la puerta y oprimí el botón de la campanilla, sintiendo que el estridor del timbre eléctrico resonaba en mi corazón, en el fondo de mi corazón.

Al extremo del oscuro pasadizo por donde tantas veces vi pasar su silueta alta, su cabellera de un rubio encendido y sus gesto de meditación, una señora baja, robusta, avanzaba, vestida de negro, andando muy despacio y diciendo:

—¡Qué raro que vengan a esta hora! ¿Quién será?

¡Ah! cuando yo «en aquel tiempo» preguntaba: ¿Está la señora? y sentía que los astros y los planetas se paraban a escuchar.

Ahora la dueña de casa, puesta la nariz en los cristales, pregunta:

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

—Señora—respondo con voz que no parece la mía—si le parece a Ud. raro que desee visitar el departamento a esta hora podré volver otro día.

Mi acento debió de tranquilizarla; porque en seguida abrió la mampara y me invitó a entrar. Dos pequeñas se le cogían de los vestidos y asomaban a uno y otro lado caritas medrosa, bocas abiertas.

La señora se explica:

—No le cause extrañeza que tuviéramos miedo: como ahora saltean tanto y yo estoy sola... Porque aquí ve Ud. a todas las personas que hay en la casa.

Inclinéme, sonriendo, sin pronunciar palabra, mientras en mi interior le gritaba: ¡Cuánto te equivocas! Las que tú juzgas personas verdaderas, en realidad no existen para mí; y en cambio esa que tú no ves, que tú no has visto y ya no podrás ver, ni tú, ni yo, ni nadie, yo la miro vagar por esta casa, salir de aquella puerta, acercarse, sonreírme; y mi alma se estremece todavía a su paso y mis oídos se embelesan escuchando el saludo de su voz.

—¿Ud. querrá ver las piezas?—me pregunta la señora, en tono demasiado alto, como cuando se quiere despertar a alguien y no sin asomos de indignación ante mi mutismo.

—Sí, señora, naturalmente, querría ver las piezas.

—Entonces, voy a buscar una velita; porque las camisas de esta casa yo no sé lo que tienen...

Sale, balanceándose un poco y vuelve al cabo de un rato, protegiendo con su ancha mano la luz de la palmaria

Me invita a seguirla. Llegamos al jardín.

Este jardín—observa, torciendo la cabeza—lo hemos arreglado mucho nosotros. Es decir, lo arregló el difunto; porque yo soy viuda, como Ud. lo comprenderá.

Efectivamente, lo habían arreglado mucho y con un

arreglo de difunto: Prados húmedos, estrechos como sepulturas, oprimían entre senderillos de cemento una que otra planta agonizante

Exigencia de las piezas nuevas que íbamos a visitar.

Entramos, ella delante, yo detrás. Oigo su elogio, el detalle de las condiciones, las ventajas que ofrece, unas espléndidas propuestas que tuvo y que rehusó, por esperarme a mí, sin duda. Yo la miro y la veo alejarse, subir, bajar, darse vueltas, con su silla de Viena y su palmatoria en la mano. De pronto, varias veces me hiere los oídos una interrogación:

—¿Ud. es solo?

—Sí, señora, solo—le replico, algo bruscamente, y en tono tal que un momento se queda mirándome, desconcertada, y dirige un ojo rápido a la puerta.

Luego se repone.

—Bien, me parecería bien un joven solo. ¿Y Ud. querrá con pensión? Yo preferiría que no, nada más que el desayuno. Al lado tiene baño. Se paga aparte. Cuando Ud. lo necesite, avisa y la sirvienta se lo preparará. Hay toda clase de comodidades.

Sombra, sombra lejana, querida y desaparecida, que poseías el secreto de ennoblecer la vida material con tus palabras y con tus actitudes; que esparcías en torno un encantamiento de maga, un misterio de música y de rosas divinas... era preciso que viniera otra vez a esta casa y que escuchara a esta señora robusta, con su cara redonda y todo el pelo peinado hacia atrás, para llegar a comprenderte plenamente, para sentir cómo entre los seres puede haber mayor distancia que entre las estrellas, una diferencia de infinitos.

La dueña me propone con voz gruesa como su cuerpo:

—Pasemos a la galería. Voy a enseñarle toda la casa.

Obedecí.

El viejo corredor y sus ladrillos rojos, ásperos, marcado uno de ellos con un tosco signo, incomprensible sobre el cual ella bordaba tan curiosas fantasías; las

pilastras redondas sobre cuadrado basamento de piedra, las altas soleras que por tres escalones bajaban al jardín, todo estaba borrado, transformado, muerto. Una galería de vidrios cerraba un espacio angosto a cuyo extremo, en la misma pared donde ella apoyaba su silla de alto respaldar, una oleografía alegórica presidía sobre una máquina de coser y dos mesitas cubiertas de hule. Y era allí donde ella se ponía de pies, sonriendo, al recibirme, y estiraba en alto su brazo con un ademán suyo; y donde guardaba sus libros predilectos y donde conversábamos siempre tanto y leíamos. En aquel mismo sitio le había escuchado ese pasaje de una de sus cartas: «Eternas son las olas del mar y la verdura de la montaña, eterna es en cada estación la alegría de las flores; pero el hombre. . . » ¿Y no se oiría siquiera su leve queja en algún rincón? ¿Nada ni nadie recordaría, nunca más, en esa casa, su presencia ni la mía? ¡Cuán fácil y completamente perecemos!

La voz triunfante de la señora material hiende mis oídos:

—Ud. ve que la casa es muy cómoda. Yo vivo muy bien. Arriendo esas piezas porque no las necesito y para tener cerca a alguna persona honorable. No me gusta estar sola. Antes no existía nada de lo que Ud. ve ahora. Alzó, no sin dificultad, los hombros. Esto, cuando lo compró mi marido, era una «mediagua» que se llovía hasta adentro. No se podía habitar. Y el jardín era un gastadero de plata, nada más. No servía para nada. ¿Le gusta, señor?

—Mucho, señora, mucho.

—Tiene su casa. ¿En qué calle vive Ud.? ¿Cómo se llama?

Satisfecha de mis contestaciones y mi universal aprobación, declaróme en reserva ya estaba «medio comprometida» con un joven que se llamaba Sebastián: no recordaba bien el apellido; pero que me iba a preferir a mí. No le gustaba del todo el otro; tenía cara de poco puntual.

Salimos.

La mano en la mampara, a través de los entreabiertos postigos, divisé en el salón un piano, un viejo piano alto y feo; pero que era un piano también. Lo miré, lo miré!

La señora me adivinó el pensamiento:

—¿Está mirando el piano?

Agregó en seguida:

—Tal vez le molestará la bulla; pero no tenga miedo: a mí no me gusta la bulla y mis hijas están demasiado pequeñas.

—Señora, veo que esta es la casa ideal. Hasta luego. Buenas noches.

—¿Cuándo me va a contestar?

—Mañana.

—Aceptando, por supuesto. No hemos tenido ninguna dificultad. ¿El precio le parece bien?

Por habitar aquella casa yo habría dado «todo el oro de mis castillos y la mitad de mi reino, como decía, mi ternura y mi tristeza».

—Adiós, señor.

—Adiós, señora.

Me fuí, escapé.

Y ahora, después de haber vagado por la ciudad casi hasta el amanecer, de toda esta pobre, pequeña comedia me ha quedado en el ánimo la sensación íntima y punzante de que nada de cuanto sucede es real; de que la única verdad de mi existencia pasó para siempre con ese episodio ligero e indecible, con esa sonrisa triste y ese gesto de meditación, con esa silueta alta. Aparición divina en un mundo de fantasmas: todos los que hoy me rodean se han convertido en comediantes más o menos torpes; y yo mismo, mi vida ordinaria, las palabras de afecto o de rencor que a veces pronuncio, nada más que una comedia, una pieza de teatro que me veo representar con resignada indiferencia.

